

5<sup>a</sup>  
EDICIÓN

**PEDRO  
ALGORTA**

# **LAS MONTAÑAS SIGUEN ALLÍ**

**La tragedia de los Andes  
contada como nunca por  
uno de sus protagonistas**



# Índice

Agradecimientos .....	9
Prefacio .....	11
<b>Primera parte</b>	
01. Desde las montañas mismas .....	19
02. La vida en la montaña .....	47
03. Vamos, vamos .....	75
04. Te habíamos dado por muerto .....	97
05. Una mancha en el hombro .....	119
<b>Segunda parte</b>	
06. Reflexiones más de 50 años después .....	157
1. La memoria .....	157
2. Mis conversaciones con Read .....	159
3. Escribir un libro, plantar un árbol, tener un hijo ...	162
4. El trabajo de todos los días .....	166
5. Liderazgo y estrategia .....	168
6. Unas palabras sobre Shackleton .....	174
Epílogo .....	179
Tus comentarios son bienvenidos .....	183
Algunos de los supervivientes cuentan sus expectativas sobre <i>Las montañas siguen allí</i> .....	185
Pasajeros del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya ....	187

# Agradecimientos

Quiero reconocer a aquellos sin los cuales este libro no hubiera sido posible. No quiero que esta parte sea una simple formalidad pero, obviamente, mis hermanos de la montaña deben estar en primer lugar. De alguna manera, me apropio de una experiencia común, colectiva, y la hago personal. Sin su protagonismo no hubiera sobrevivido ni hubiera escrito este libro. Espero que mi versión de los hechos, mi interpretación, no los complique y la acepten simplemente como la mía.

Después también están mis inspiradores, aquellos que desde siempre me han alentado a escribir. Algunos, en ocasiones, se han ofrecido para que escribamos algo juntos. Al final lo he hecho solo, pero ellos han estado presentes y muchos han leído al menos una parte y han acercado sus aportes. He tomado parcialmente algunos; en otras ocasiones no he tenido la capacidad de entender sus comentarios y han quedado fuera, por lo que la responsabilidad de lo publicado sigue siendo solo mía. Estas personas son Ernesto y Silvia Gore, Claudio Fernández-Aráoz, Jaime Fernández Madero, Marcelo Serantes, Ricardo Aranovich, Mario y Marina Arbolave, Marcelo Galmarini, Noelle Algorta, Hugo Igenes y Glenda Vieites.

A todos aquellos del mundo editorial que han creído y visto esta posibilidad porque, con gran profesionalidad, me han conducido por los laberintos de la edición y la publicación de este libro.

Y, por último, quisiera dar las gracias también a Marcelino Elosua y Jeanne Bracken de LID Editorial quienes creyeron en este proyecto y, en especial, a Laura Madrigal que supo adaptar la primera versión argentina de este libro a los lectores de otros países.

Allí vamos, aquí va.

# Prefacio

El verano pasado fui a visitar a Nando Parrado a su casa en Punta del Este, con el objetivo de que leyera mi manuscrito y pedirle que escribiera unas líneas para la contraportada de este libro. Nando me dijo que lo iba a leer y, eventualmente, escribiría con gusto unas líneas.

Después de una cordial y agradable reunión, me acompañó hasta la puerta de su casa para despedirme. Mientras caminaba delante de mí, miré sus piernas flacas y cansadas y me estremeció imaginar esas mismas piernas dando pasos de gigante en la montaña. Me quedé totalmente desconcertado cuando vi unas feas cicatrices cerca de sus pantorrillas y talones; no sabía que Nando tenía sus piernas lastimadas mientras caminaba por los Andes e imaginé que las heridas se habían producido después.

—¿Cómo te hiciste esas heridas? ¿Fue en una moto o tuviste un accidente de auto? —le pregunté confundido mirando sus lastimaduras intentando buscar una confirmación que me tranquilizara.

—No, Pedro, me las traje de la montaña —contestó.

Me quedé petrificado. Descubrir esas heridas 42 años después me conmovió en lo más profundo al imaginarlo caminando con Roberto Canessa por la montaña; desesperados, heridos y al límite de sus fuerzas, buscando una salida para ellos y para nosotros. Sabía que había sido una hazaña inmensa, pero hacerlo con heridas sangrantes en las piernas me pareció que agregaba aún más valor a algo que ya no admite adjetivos.

Yo no tengo cicatrices visibles ni caminé diez días por la montaña, pero estuve 70 días viviendo bajito, luchando por sobrevivir.

Con el tiempo que ha transcurrido, a medida que corremos el velo protector que nos protege, nuestras heridas aparecen y, como las de Nando, magnifican lo que vivimos en los Andes.



Nando relata las secuelas físicas que tuvo debido a la caminata por los Andes en busca del rescate.

\* \* \*

—¡No irás a escribir otro libro más sobre el tema de los Andes! ¿No está todo dicho ya? —me dijo mi hermano Santiago al enterarse de que estaba trabajando en este proyecto.

¿Otro libro más? Pues sí, este es otro libro sobre lo que nos pasó en los Andes. Lo escribo porque creo que no está todo dicho y siento que tengo algo más que decir. Falta contar cómo viví yo mis 70 días en la cordillera y cómo llevé mi montaña después, en mi vida personal, pero lo quiero contar como tiene sentido para mí.

Quiero dejar escrito mi testimonio y algunas reflexiones con más de 40 años de perspectiva. Me importa dar mi visión personal de aquellos días, de la lucha diaria por sobrevivir y cómo fue que, entre todos, con dificultades y mucho trabajo, pudimos construir esa máquina de supervivencia que fue nuestro cuerpo colectivo en la montaña.

Lo hago porque me gusta contarlo, porque me hace bien. De hecho, al escribirlo he podido conectar nuevamente con la montaña y me he conmovido al evocar los momentos del accidente, las decisiones importantes, la rutina pequeña del día a día y la caminata final de Nando y Roberto mientras nosotros los esperábamos en los restos del avión. También me emocioné con el recuerdo de mi padre buscándome sin esperanza y con nuestra salida de los Andes, listos para enfrentar otros desafíos. Al final,

me he dado cuenta de que la montaña todavía me acompaña, está conmigo, se mueve y me sigue conmoviendo. Pero ya pasó, he aprendido a vivir con ella; ya no molesta y me ha dejado vivir mi vida normal por más que me emocione a veces y me avise de que todavía está.

También soy consciente de que a mucha gente le impacta nuestra historia; que escucharla le ayuda a poner sus propias montañas en perspectiva y a tomar fuerzas para superar su propia adversidad.

En estos 62 años de vida —cuarenta y tantos años de segunda vida—, me han pasado muchas cosas y pensé en otras tantas que tienen que ver con este hecho tan significativo para mí. Todo está en este libro, muchas veces de forma explícita, pero en la mayoría de las ocasiones flotando entre líneas, como es el caso de toda historia testimonial contada con el corazón en la mano.

En mi recuerdo despojado y limitado de lo que pasó en los Andes también está lo que es más difícil de resolver, lo que sigue quedando como un misterio. ¿Por qué sobreviví yo y no alguno de mis hermanos de la montaña que estaban mucho mejor preparados o que podrían haber hecho aportes mucho más importantes después en sus vidas? ¿Cuál es la fuerza que nos hacía vivir un día más y que nos llevó hasta el final? ¿Cómo hicimos para conformar un verdadero equipo de trabajo cuando, en el fondo, lo que quería cada uno de nosotros era poder sobrevivir? ¿Dónde está hoy la montaña en mi vida? ¿Dónde está la cicatriz por las decisiones que tomamos para vivir? ¿Dónde está el duelo no hecho por mis amigos que no volvieron? ¿Cómo hicimos para soportar tanta tensión?

Algunas de estas preguntas tienen un inicio de respuesta y otras no porque ni yo mismo las sé.

Mi experiencia de los Andes fue un momento especialmente límite y difícil, de mucho trabajo, de dolor, oscuro, de vivir bajo, de estar en contacto con las manifestaciones vitales más básicas, de convivir con la muerte y de sobrevivir casi sin darme cuenta, de forma instintiva. Mi vida después de lo que ocurrió fue distinta, llena de oportunidades y realizaciones, con una

linda familia y buenos trabajos, donde no he dejado cosas por hacer y crecer. Pero, también, una vida con otras montañas, donde lo vivido en los Andes sirvió para saber que ante las nuevas montañas solo hay que empezar a caminar. No son dos vidas contrapuestas. Son parte de lo mismo. Hoy, con más perspectiva, intento integrarlas, hacer una síntesis, reconocer que las he vivido y que no las puedo separar.

Con más de 40 años de distancia, los recuerdos son borrosos, confusos y quedan básicamente imágenes muchas veces mezcladas con lo que se ha escrito o dicho después. El tiempo y todo lo que hemos vivido han borrado los límites y contornos de nuestras memorias. Las heridas existen pero han cicatrizado; hemos vivido otras experiencias que nos han hecho nuevas heridas sobre las que ya teníamos. A veces, las cicatrices son tantas que no las podemos identificar. Lo bueno es que no vivo sobresaltado por los recuerdos ni me atemorizan viejos fantasmas. Eso ya pasó. Pero, ahora, miro hacia atrás y conecto puntos, de lo que éramos y lo que somos y la historia adquiere un nuevo sentido.

Este libro no es una novela ni nada por el estilo; esta es mi historia, la historia de mi vida, la que me permite construir sentido. Es la historia de mi supervivencia en los Andes y lo que hice después con la montaña a cuestas. Es mi lucha por hacer una vida normal, con la montaña moviéndose en la mochila. Pero no es la única historia de los Andes. De hecho, cada uno de los 16 supervivientes tiene la suya. Esta es la mía.

\* \* \*

Hace ya un año de la primera edición, que se publicó en Argentina y Uruguay. Las reacciones que ha despertado mi libro exceden todas mis expectativas. He recibido miles de correos de lectores que quieren contarme sus experiencias, sus sensaciones o lo que estaban haciendo cuando se enteraron del accidente.

Ha sido un año intenso. He recorrido gran parte de estos dos países visitando colegios, comunidades, clubes de rugby y otras

instituciones para explicar, entre otras cosas, porqué las montañas siguen allí, quién es el Pedrito de la portada del libro; la importancia de estar vivos y presentes todos los días, de contar nuestra historia sin demasiados adjetivos, pero siendo coherentes con la memoria de uno mismo, aunque eso, a veces, conspira contra las interpretaciones y los recuerdos de otros.

He sentido y vivido experiencias increíbles. Ha habido gente que me ha parado por la calle, simplemente para darme un abrazo; hasta familiares de algunos de los que se quedaron en los Andes, que me agradecieron que me atreviera a contar la historia tal como yo la había vivido, sin edulcorar, cruda, pero con el corazón en la mano. Eso para mí compensó todos los esfuerzos, la exposición pública y los insomnios y la ansiedad que la publicación del libro trajo aparejados. Creo que ha valido la pena.

Lo que sí ha cambiado en este último año es que ya no estamos vivos los 16 que salimos de los Andes. Nuestro querido Javier Methol se nos ha adelantado y nos ha dejado. Su muerte a los 79 años nos interpela, nos deja una enorme tristeza y un vacío imposible de llenar. Javier estuvo presente en todas las instancias de este libro, fue a todas las presentaciones que pudo y era uno de mis mayores entusiastas. A él, en definitiva, queda el agradecimiento y la dedicación de esta nueva edición.

\* \* \*

*Las montañas siguen allí* está organizado en dos partes. La primera está relacionada directamente con el episodio de los Andes y en esos capítulos encontrarás un relato de lo que nos sucedió, tal como yo lo he vivido. También aparece lo que me pasó después del rescate que, como verás, se mezcla bastante con mi vida ordinaria. La segunda parte contiene algunas de mis reflexiones, organizadas por temas y no como un simple testimonio vivencial. Finalmente, me permito sacar algunas conclusiones, intentando hacer un resumen de lo que no debería ser resumido.

Desde ya, agradezco tu interés en esta novela (que no es una novela) sobre mi montaña, donde podría haberme quedado pero de la que porfiadamente quise salir. Espero que me acompañes hasta el final.

## Primera parte



# Desde las montañas mismas | 01

¿Por qué estaba en ese avión? En realidad, no importa por qué. Simplemente estaba ahí. Yo no era jugador de rugby, no iba a jugar ese partido en Chile, tampoco era ese mi grupo de amigos. A la mayoría los había visto ocasionalmente en el colegio en el que había hecho la primaria, pero ya no tenía relación con ellos. En el grupo había cinco muchachos que habían sido mis compañeros, aunque en ese momento solo tenía trato habitual con Felipe y Arturo, con quienes estudiaba Ciencias Económicas en la Universidad de la República en Montevideo. A Coche también lo conocía porque era primo de mis primos, pero tampoco tenía una relación muy cercana con él. Además, me llevaba más de un par de años, lo que en aquel momento, con 21, me parecía una gran diferencia.

Es cierto que antes del viaje fui a un entrenamiento de rugby pero fue para asegurarme un lugar en el avión, como para pagar el derecho de piso; aunque había jugado al rugby en la secundaria, no creía que iba a volver a jugar. Al final, no fue necesario haber ido al entrenamiento, ya que viajó el que quiso, incluso se vendieron pasajes a personas que no tenían nada que ver con el equipo, desde familiares de los jugadores hasta personas que aprovechaban el vuelo para visitar a parientes en Chile.

El grupo de pasajeros se había formado alrededor del equipo de rugby del Old Christians, que era el equipo de los exalumnos del Stella Maris. Ese había sido mi colegio mientras viví en Uruguay. Ocho años antes del accidente, cuando tenía 13, mis padres habían comenzado por motivos de trabajo una peregrinación por varios países latinoamericanos y mis cinco hermanos y yo los habíamos seguido. Vivimos en Paraguay, Chile y Argentina, pero en un momento sentí la necesidad de volver a mi país para no ser siempre extranjero. En Chile, donde viví tres intensos años, había

estudiado con los jesuitas e iniciado la universidad. En Argentina, di varias vueltas sin integrarme del todo y, finalmente, regresé a Uruguay, donde la vida no se me hacía del todo fácil. El principio de los setenta fueron tiempos complicados y, además, como saben los que han vivido fuera de su país, nunca es fácil volver.

En aquella época, en Uruguay, salía a correr por la rambla de Montevideo en pleno invierno. A veces, lograba que algún amigo me acompañara, pero la imagen que me queda de esos días allí es la de estar trotando solo en la niebla fría del invierno uruguayo. Al cambiar tantas veces de país y de universidad, había acumulado materias previas que no tenían mucho que ver con lo que más me gustaba, que era la Economía, las Matemáticas y las Ciencias Sociales, y terminaba en aburridísimos cursos de Derecho Comercial y Contabilidad. Me asomaba también a la política sin demasiado compromiso.

Hoy recuerdo mis días en Uruguay previos al accidente como algo grises y confusos. Buscaba un lugar en el mundo, con dudas, miedos y bastante solo. Por otra parte, en todos lados retumbaban las consignas del Mayo francés y de los movimientos estudiantiles. Aunque había muchas cosas con las que yo no estaba de acuerdo, en general, me atraían las ideas del momento.

Desde mi emoción, la vuelta a mi país y la vida de estudiante formaban una combinación compleja que no me convencía. Andar saltando de un sitio a otro no era trivial, me volvía un extranjero en todas partes. En algún momento debería decidir si ese era mi lugar, si eso era lo que me gustaba hacer, si esa era mi gente, si por eso me iba a jugar. Podría haberme quedado en Uruguay, haber vuelto a Chile, seguir corriendo solo de noche por la rambla... No lo sé; pero la vida tenía otros planes para mí.

Ir a Chile por unos días tenía lo suyo. Era un viaje atractivo. Me reencontraría con Ana Luisa, quien había sido mi novia en Chile y con quien todavía estaba en contacto. No sé qué hubiera pasado o si habríamos complicado aún más nuestras vidas. También iba a ver de nuevo a mis compañeros del colegio San Ignacio donde había terminado el secundario. Me interesaba especialmente lo que ellos me dirían. Por otra parte, la situación

en Chile también estaba revuelta: la experiencia socialista de Salvador Allende no andaba muy bien y quería ver con mis ojos qué estaba pasando. Pero, sobre todo, para mí era un momento de cambio, sea lo que fuera que pasara en ese viaje, tenía que ser importante; estaba preparado para que algo sucediera con mi vida.

Los organizadores habían contratado un vuelo a la Fuerza Aérea de Uruguay. Ya lo habían hecho el año anterior y el viaje había sido un éxito. Finalmente, se consiguieron los 40 pasajeros, de los cuales menos de la mitad estaban involucrados en el equipo de rugby. El resto, como yo, iba a pasar un fin de semana largo en Chile. La tripulación estaba compuesta por cinco miembros de la aviación militar, con lo cual había en total 45 personas en el avión.

Salimos de Montevideo el 12 de octubre de 1972. Ese día tuvimos que pasar la noche en la ciudad de Mendoza debido al mal tiempo que había sobre la cordillera. Después de una larga espera, nos pidieron que volviéramos al día siguiente, al mediodía, para intentar un cruce o bien regresar a Montevideo. Aunque se nos acortaba nuestra estadía en Chile, podíamos aprovechar esa tarde y noche para visitar Mendoza, donde yo ya había estado muchas veces en alguno de mis otros peregrinajes a Chile.

Mi compañero de viaje era Felipe y, aunque éramos totalmente diferentes y no compartíamos las mismas inquietudes, estudiábamos juntos y éramos amigos. No recuerdo si lo tuve que convencer de viajar o no, pero al final también estaba entusiasmado. Con él compartí esas horas en Mendoza, igual que planeábamos hacerlo con nuestra estadía en Chile. En realidad, no he podido reconstruir nuestros planes sobre lo que íbamos a hacer en Santiago, dónde íbamos a dormir, si iríamos a ver los partidos de rugby o no. Curiosamente, hasta hoy nunca me había dado cuenta de que no recuerdo lo que iba a hacer en concreto esos días en Santiago. Esos planes se me han olvidado por completo.

Tampoco recuerdo con exactitud lo que hicimos esas horas en Mendoza. He vuelto varias veces a esa ciudad pero no he podido

reconocer los lugares en los que estuvimos ni distinguir el hotel donde dormimos. No recuerdo dónde cenamos ni con quiénes estuvimos. Sí recuerdo haber ido a una discoteca vacía, con poca gente, ese jueves en la noche mendocina. Vagamos por la ciudad dormida y encontramos pequeños grupos de compañeros caminando por las calles. Todos al acecho, sin nada concreto, tratando de buscar una diversión que nunca encontramos. Al día siguiente, Felipe y yo, siguiendo nuestro espíritu intelectual, fuimos a la Universidad de Cuyo donde nos atendió un profesor muy cortés que nos explicó los planes de estudios, nos mostró el campus universitario y, después, nos llevó hasta el aeropuerto. Siempre se lamentó de haber sido tan puntual. Con un poco de suerte quizá hubiéramos perdido el avión.

De cualquier manera, el despegue se demoró. La tripulación aún no había decidido qué hacer. Tenían sus dudas, el tiempo no había mejorado lo suficiente y el paso habitual por el Cristo Redentor estaba cerrado. Sin embargo, pudo aterrizar un viejo avión bimotor destartado que venía de Chile. El piloto de ese avión intercambió opiniones con los del nuestro y nosotros ejercimos una presión irresponsable para salir. Queríamos volar hacia Chile a toda costa, nada nos podía pasar, no queríamos asumir la posibilidad de que el mal tiempo sobre la cordillera frustrara nuestro viaje. A nadie se le ocurrió que fuera realmente peligroso. Queríamos que nuestros pilotos se atrevieran a volar.

Al haber vivido en Chile tres años, ese cruce lo había realizado innumerables veces. En la mayoría de las ocasiones había sido en avión, pero también en tren, en auto o en bus. Todos eran cruces intensos, atravesando paisajes arrolladores e impresionantes. En aquel momento había mucho camino de cornisas y no estaba habilitado el túnel que hoy existe, aunque sí estaba ya operativo un cruce en tren particularmente pintoresco. En varias ocasiones sentí que la camioneta que me cruzaba iba demasiado rápido y que corríamos mucho peligro de desbarrancarnos por la montaña. En invierno y en verano, con nieve y sin ella, cruzar la cordillera siempre fue algo especial. Varias veces con susto y miedo, pero siempre con la emoción de la aventura, cruzaba los Andes entre Argentina y Chile sin pensar que realmente un día me pudiera pasar algo.

El avión Fairchild 227 N° 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya era en aquel momento un avión relativamente moderno. Tenía una altura de vuelo de aproximadamente 6.000 metros, lo suficiente para pasar sin problemas por los pasos habituales de la cordillera de los Andes. Volando de Montevideo a Santiago se pasa cerca del Aconcagua, que con sus casi 7.000 metros es la mayor altura de América del Sur. Escuché que en aquel tiempo era un paso visual, que requería de buena meteorología y perfecta visibilidad para que el vuelo fuera seguro.

Finalmente, los pilotos del avión decidieron emprender el vuelo y cruzar la cordillera por el Paso Planchón, unos 300 kilómetros al sur de la ciudad de Mendoza. El vuelo entre Mendoza y Santiago de Chile tenía alguna complejidad, pese a que es muy corto (en línea recta no hay más de 300 kilómetros). La dificultad reside, justamente, en cruzar la cordillera de los Andes. Los aviones deben subir con rapidez a una altura suficiente que les permita atravesar la montaña y descender también rápidamente para llegar al aeropuerto de Santiago de Chile.



Imagen del avión 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya que se accidentó.

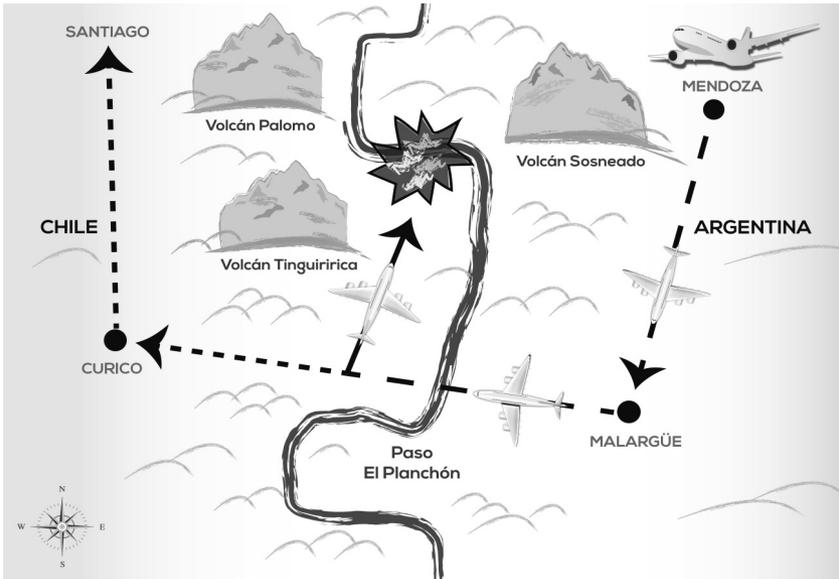
Al principio, el vuelo se desarrolló con normalidad. Habíamos volado en dirección sur hasta la ciudad de Malargüe y, después, nos internamos en la cordillera de los Andes para llegar a Chile.

En el avión reinaba la alegría y la irresponsabilidad propia de un grupo de jóvenes que, en su mayoría, volaban por primera vez; íbamos a conocer Chile y jugar un partido de rugby. En esos momentos, yo tenía 21 años y esa era también la edad promedio del resto de los pasajeros.

No recuerdo con exactitud en qué asiento iba. Sé que Felipe se sentaba a mi lado, pero no mucho más. Después tengo imágenes confusas. He volado mil veces sobre los Andes, he tenido malos y buenos vuelos y me cuesta identificar los recuerdos de ese en particular. También he hecho otras veces exactamente el vuelo que íbamos a hacer ese día, desde Mendoza a Santiago pasando por Malargüe, el Paso Planchón y Curicó. Varias veces con un pésimo tiempo, también con el avión moviéndose mucho. Pero las imágenes se me mezclan y las confundo con las ese vuelo de 1972. Recuerdo una formación nubosa, oscura y espesa sobre los Andes y el avión virando para internarse en ella, insensible al peligro que encerraba. ¿Fue la vez que intenté cruzarlos en el 72 o fue alguna de las otras veces? No lo puedo saber.

El avión ya había sobrevolado la ciudad de Malargüe cuando giró hacia la derecha, metiéndose de lleno entre el cúmulo de nubes. De repente, pasó el navegante del avión, indicando que nos debíamos sentar y abrochar los cinturones porque tendríamos turbulencias. Hasta entonces no era más que un simple vuelo agitado. ¿Cuántos vuelos agitados hay por encima de los Andes? ¿Quién piensa que, siendo tan joven, va a estrellarse en un avión cruzando la cordillera?

Pero esa vez la situación empeoró. El avión se adentró en la cordillera; la visibilidad era casi nula por la densa y espesa nubosidad. Años más tarde supe que apenas sobrevoló el Paso Planchón cuando el avión giró y empezó a volar paralelo a los Andes. No habían pasado los quince minutos de vuelo necesarios para llegar a Curicó. Al virar antes de tiempo los pilotos del avión comenzaron el descenso en el medio de la cordillera, creyendo que ya estaban sobre el valle central de Chile. El avión descendía y derivaba en medio de la montaña. A medida que las nubes se hacían más espesas, empezamos a sacudirnos cada vez más y, finalmente, caímos en dos pozos de aire muy profundos en los cuales el avión perdió más altura.



Mapa general del accidente en los Andes y ruta que debería haber realizado el vuelo 571.

En algún momento, salimos de las nubes y pude ver a través de las ventanillas, pero lo que vi no me gustó: estábamos volando demasiado cerca de la montaña; las rocas de la ladera estaban casi a nuestro alcance y pasaban con gran rapidez, como cuando aterriza un avión y nos acercamos a la pista, pero esta vez en el medio de los Andes. ¿Qué estaba pasando? Entre la niebla se veía la montaña, nieve y rocas cada vez más cerca, como si fuéramos a aterrizar. Recuerdo haber sentido mucho miedo y una enorme incredulidad.

Todavía confiaba en que eso fuera pasajero, nuestros experimentados pilotos nos tenían que sacar de allí; aunque en ese lugar y a la velocidad que llevaba el avión no íbamos a poder tener un aterrizaje suave ni mucho menos. Los pilotos pusieron los motores a toda potencia y levantaron la trompa del avión tratando de recuperar altura y entonces empezamos a sacudirnos con más fuerza. Dentro del avión el bullicio y la alegría dieron paso al silencio y a la incredulidad; el pánico se había apoderado de los pasajeros. ¿Era eso normal? ¿Así se cruzan los Andes? No podía creer lo que estaba pasando.

De repente pasó lo peor, lo que no debería haber sucedido. Una de las alas tocó una de las laderas de la montaña y se quebró. El avión sin control volvió a tocar otra parte de la montaña y entonces se sintió una explosión al partirse el fuselaje en dos un poco antes de la cola; esta se desprendió y salió despedida dejándonos en contacto con el aire frío a casi 4.000 metros de altura. Con el avión partido en dos, seguimos cayendo por el barranco. Todo lo que estaba suelto (maletas, abrigos, bolsos...) fue absorbido por el vacío y expulsado hacia la nieve. Parece increíble, pero no llegamos a estrellarnos de frente contra la montaña; nos deslizábamos por una ladera nevada a una increíble velocidad, sorteando por milímetros formaciones rocosas y penitentes.

Recuerdo el ruido, el sacudirse del avión, el aire fino y frío. La parálisis por el pánico. La extrema incertidumbre y la inmediatez de lo desconocido. Sentí la explosión por detrás, cuando se partió el avión. No pude pensar en nada. Solo dejarme llevar por lo que pasaba, arrastrado por las fuerzas tremendas de un avión que se estrella en la montaña y que se desliza con sus pasajeros vivos barranco abajo a una velocidad asombrosa. Recuerdo no haber pensado en nada concreto ni ser consciente del final que se aproximaba, si moriría o no, solo recuerdo el miedo, el vértigo del momento, el pánico, no saber por dónde llegaría el golpe final; una abrumadora incertidumbre. Tengo la sensación de la angustia, del repentino cambio de temperatura, del vacío, de la nieve entrando por las fisuras del fuselaje que se producían en la caída y nosotros ahí, sin poder hacer nada, sin mucho que esperar.

Finalmente, los cúmulos de nieve que había en la montaña detuvieron al avión en su caída. Cuando este paró, toda la hilera de los asientos de la derecha se desprendió de sus soportes y se incrustaron contra la parte delantera del avión. Casi todos los que estaban allí murieron.

Al final de su recorrido, los restos del fuselaje, sin las alas y sin la cola, quedaron inertes en el fondo del valle nevado. He vuelto al lugar del accidente y no puedo imaginar la trayectoria que el avión siguió en su deslizamiento por la ladera, ni cómo hizo

para no estrellarse de frente con las rocas e irregularidades de la montaña. No tengo explicación.

He visto películas que recrean el accidente. Yo no sé exactamente cómo pudo verse desde fuera, pero no creo que haya sido tal como lo muestran. No creo que la parte delantera del avión haya volado cientos de metros antes de aterrizar sobre el glaciar sino que se deslizó por la ladera inclinada con sus pasajeros aún vivos sorteando formaciones rocosas. Fue una situación en la que, por milímetros, pudimos superar el escarpado de rocas y el avión no perdió sustentabilidad; de haberlas tocado, nos hubieran matado a todos.

\* \* \*

Después del accidente, se produjo un gran silencio y una rara oscuridad. No había ruidos, solo el sonido de las cosas que se habían soltado en la caída y ahora se acomodaban. Quizás no hubo ni silencio ni oscuridad y simplemente soy yo que perdí el conocimiento, pero es así como lo recuerdo. A partir de ese silencio y esa oscuridad, volví a tener conciencia, en la penumbra, con una visión reducida. Nieve, hierros destrozados, heridos, todos mezclados.

Muchas veces he visto gente caminando en estado de shock después de otros accidentes, sin entender lo que pasa. Así quedé yo, totalmente conmocionado.

Poco a poco, empezaron a surgir quejidos y llantos. Traté de incorporarme, me sentía aturdido y pesado. Sin entender aún qué había pasado, me di cuenta de que estaba entero. No tenía dolores, podía mover todo mi cuerpo, me creía capaz de levantarme. Algunos ya estaban saliendo del avión. Me di la vuelta y vi a Felipe; seguía sentado a mi lado, pero estaba muerto, con sus anteojos rotos y un hilo de sangre saliendo de su boca. Recuerdo esa imagen al voltear mi cabeza hacia la izquierda, es decir, con Felipe a mi izquierda y la ventanilla del avión a mi derecha. Entonces, yo estaba en la fila derecha del avión, la que se incrustó entera con la parte delantera del avión y en la que murieron todos. ¿Cómo pudo ser? ¿Fue realmente así?